

# LA LLAMADA

Alcides Rodríguez

Image not found.

# Capítulo 1

Sintió el calor del cigarrillo que pendía entre sus dedos ocres y se dio cuenta que era momento de dejarlo, lo lanzó al desbordante cenicero donde yacían otras largas colillas y se dispuso a encender otro; revisó la caja por dentro y miró el reloj de pared con una mueca de molestia seguro de no conseguir algo lo suficientemente cerca abierto para comprar más. Sus cansados ojos se volvieron a posar en la pantalla del televisor, mientras daba otra vuelta a los 4 canales de señal abierta que le quedaban con absolutamente nada bueno que ofrecer. Después del corte del cable todo se había hecho más tedioso aun; aunque eso no hubiese cambiado nada, igual continuaría viendo la pantalla en la misma posición y totalmente desinteresado en lo que aparecía. Lo único que se había preocupado por cancelar era la cuenta de electricidad; no por la incomodidad, seguía por pura curiosidad...

Se llevó nuevamente la botella a la boca por otro sorbo y aspiró con fuerza el cigarrillo; le molestaba un poco el hecho que abundara más licor que tabaco; aun así continuaría como todas aquellas semanas; de la cama al sofá de la sala, a beber y ver la pantalla del televisor como un autómata hasta terminar casi inconsciente. Ya casi no había llorado los mediodías a la hora del almuerzo por ella; solo un poco cuando se encontraba en la ducha. Le parecía absurdo conseguir otro empleo después de más de un mes, sabía que no estaba preparado aun para esa basura; si solo se hubiese preocupado por conocer algún amigo cuando estaba con ella; tal vez todo habría sido diferente o tal vez no. Le molestaba el solo hecho de recibir los estúpidos consejos de alguna cara hipócrita diciéndole que era lo correcto. Las pastillas para dormir ya no representaban una necesidad desde que descubrió que su ebriedad llegaba a tal punto que apenas si lograba arrastrarse hasta su cama y amanecer en la misma posición en la que se acostó; le resultaba más económico el alcohol etílico y la sensación que le proporcionaba. Aun tenía su vivienda, la soledad le proporcionaba algo de seguridad, el aislamiento serviría por algún tiempo mientras curaba sus heridas.

Sonrió al ver en la pantalla el programa de las personas desesperadas que acudían a templos religiosos donde eran estafadas para solucionar sus problemas. Que estúpidos al pensar que la fe en algún Dios o engañoso pastor les devolvería el bienestar mental. La cicatriz solo sanaría cuando ella le diera la oportunidad de hablar una vez más. Si al menos ninguno de los dos no hubiese proferido palabras tan hirientes fuese un poco más fácil, fue tan sencillo para ella apartarse y con aquel idiota; pensar que él mismo los presentó. En su última conversación telefónica ella había sido demasiada fría. Sintió aquella opresión en el pecho y dio un largo trago a la botella. Escuchó con frialdad al anciano decir que su vida había cambiado con solo asistir al templo.

Apenas podía entender al viejo, trataba de abrir los párpados y solo veía una cara arrugada, tratando de hablar con entusiasmo, - sería mejor que muriera igual que todos; pensó mientras se adormecía. Lo despertó de nuevo el cadáver del cigarro a medio fumar en sus dedos y se levantó al baño a orinar. Vio su rostro al espejo mientras estaba parado frente al sucio excusado y apartó la vista inmediatamente. Pasó al lado de una jaula y levantó con cuidado el paño; el viejo loro que ella le había dejado dormía. Siempre había preferido los perros. Volvió al sillón, aun quedaba algo de bebida, guardaría el último cigarro de la caja para más tarde, dio más sorbos a la botella y cambió de canal con la misma expresión en el sudoroso y pálido semblante.

El hombre regordete de la pantalla volvió a aparecer dando alabanzas estruendosamente; siempre estaba bien vestido y hablaba con mucha pasión; los demás lo escuchaban y hacían reverencias al unísono, mientras personas de todas las edades eran presas de estados epilépticos y otras se desmayaban. Le dio curiosidad que nada de aquello le impresionara; todos los días a esa hora de la madrugada viendo lo mismo; le era imposible siquiera concentrarse en una mala película. En sus variados estados de vigilia de todas aquellas madrugadas en momentos abría los ojos en reposo y le costaba apenas mover un dedo de su posición, sentía la sala entera junto a él caer en la nada por una galaxia curva como solo lo habría sabido explicar Einstein. Tal vez había dejado los medicamentos para dormir por no sentir aquella incómoda sensación de vértigo e impotencia que lo embargaba totalmente.

El teléfono sonó y alargó su ebria mano mecánicamente hacia el auricular; meses atrás cuando sus familiares se esforzaban en llamarlo, se preocupaba por atender con una voz decente que no denotara su común estado de embriaguez. Acomodó costosamente la bocina a su oído y esperó en tinieblas y en total silencio. Una voz femenina que le resultó familiar habló del otro lado.

- ¿Eres tú?

Esperó unos segundos y decidió contestar, su voz se escuchaba como debajo de un tanque de agua.

- ¿Qué haces llamándome a estas horas?

Preguntó algo molesto nuestro amigo. Su interlocutora respondió al momento.

- Eso no importa, sé que me necesitas, necesitamos hablar...

El sujeto un poco más decidido y esperando la conversación, continuó.

- Me parece que no hay nada que conversar, he tomado una decisión aunque pocos lo crean.

- Ya no quiero más sufrimiento, esta vez será diferente...

Continuó la voz con calidez.

- Si claro, ya eso lo he escuchado antes. No me siento preparado...

La voz lo interrumpió.

- Nadie te conoce mejor que yo, debes dejarte ayudar.

- ¿Por qué no me dices algo original?

Intervino él un poco aburrido.

- Debemos vernos, es inevitable.

Contestó ella firme.

- No creo que sea necesario en este momento, si tienes algo que decirme, hazlo ahora.

Ella hizo una pausa y continuó decidida.

- Sabes que necesito ir personalmente a visitarte.

- ¿Supongo que sabes donde vivo?

Preguntó el sujeto con amarga ironía en su sonrisa.

- Tu indecisión no me hace sentir invitada.

Algo impaciente, intervino más sarcástico aún

- Puedo hacerte llegar una tarjeta.
- Pasaré temprano en la mañana, exactamente a las 7am.

Concluyó ella secamente.

- Apenas me levanto al mediodía, lo sabes. No quiero estar dormido... supongo que tendré que colocar el despertador.
- ¡Como quieras! Lo importante es que te encuentres.

Intervino ella paciente.

Quedó con el auricular en la mano totalmente inmóvil y en silencio, no quería seguir hablando. Cerró los ojos e hizo un titánico esfuerzo. Sintió su presencia en la espalda. Luego de una indescifrable pausa escuchó el ruido del televisor totalmente claro y se levantó; estaba una joven explicando su sanación. Lo apagó con un brusco movimiento y se sintió totalmente ágil. Se quedó parado en medio de la sala y dio un pequeño salto. Miró absorto el desorden a su alrededor y pensó en acomodarlo al día siguiente. Tomó el reloj de pulsera, caminó hasta la puerta de su casa y salió para no regresar esa húmeda noche.

A las 7am se despertó por la alarma de su reloj de pulsera, se levantó rápidamente de una habitación familiar en la que nunca había dormido a pesar de tantos años y caminó con cautela hasta la cocina, los perros del vecindario ladraban afuera desaforadamente. Buscó café en las alacenas y luego de un rato preparó para varias personas y se sentó en una mesa a esperar, espió un poco por la ventana y notó en el patio de aquella vivienda que el perro de sus vecinos era el que más ladraba hacia su casa. Tomó nervioso unos sorbos de su taza y lo sorprendió una figura aun en ropa de dormir recostada del marco de la puerta atrás de él. La mujer lo miró con cara de desaprobación y se sentó a la mesa. Le resultaba totalmente incomoda la compañía, era natural después de tanto tiempo en la soledad de su casa.

- Gracias por el café.

Intervino la mujer completamente seria e investigando en sus ojos.

- Disculpa lo de anoche, estaba totalmente ebrio y...
- ¡Olvídalo!

Lo interrumpió ella y prosiguió.

- Todos sabemos por lo que has pasado. De todas formas siempre es bueno verte y saber que te encuentras bien. Esta también es tu casa.

- Dile a tu esposo que me disculpe... Pero lo conocí primero que a ti.

Bromeó él más animado. Le echó una ojeada al reloj de su mano derecha y revisándose inútilmente los bolsillos, le preguntó si tenía cigarrillos.

Ella le echó una mirada desaprobadora y contestó con una sonrisa.

- Desde que tenemos a la niña sabes que dejamos el cigarrillo.

- ¡Claro!

Lo interrumpió él algo incomodo y prosiguió indeciso.

- ¿Y él?

- Ya se fue a trabajar, le hubiese gustado verte... en condiciones normales.

Bromeó ella.

Él se levantó hacia la ventana y espió una vez más hacia su casa vecina, los perros habían dejado de ladrar. Se dirigió a la puerta e hizo un ademán de penosa resignación.

- No tienes que disculparte, ya te lo dije, para eso estamos.

Lo tranquilizó la mujer tomándolo de la mano.

Él salió a la calle y se dirigió al jardín con un característico silbido donde estaba el perro que lo recibió más alegre que de costumbre. El can se paró en dos patas y lo lamió en la cara un buen rato.

- Siempre has sido su vecino favorito.

Dijo ella sonriendo con cariño y prosiguió extrañada.

- Aunque anoche no dejaba de ladrarte cuando te acercaste a nuestra puerta.

Él se mostró algo interesado y dejando al perro cuidadosamente en el suelo, intervino.

- Debe haber sido por mi estado de ebriedad.

Caminó hasta la puerta de su casa, miró el reloj y abrió la puerta sigilosamente.

- ¡Seguro te va a llamar esta noche!

Gritó la mujer entusiasmada desde la puerta de su casa.

Él se quedó un momento viendo su teléfono y le dijo con una sonrisa.

- Dile mejor que venga a visitarme, para algo es mi vecino!... Tú también puedes venir. Hoy limpio todo este desorden. Además...

Prosiguió después de una corta pausa.

- Tengo el teléfono cortado desde hace semanas.

Entró a su casa y en un momento volvió a salir para depositar en la basura la jaula aun con su roída toalla encima y el cadáver del loro dentro. Miró sonriente y cómplice al perro del vecino y volvió a darle el característico silbido.

Ella había ido por él, pero definitivamente no era su hora de morir.